

XXXVI

RUSIA

La guerra de Italia no fué posible sino porque las relaciones de Napoleón III con Alejandro eran muy cordiales en 1859. Si en aquella época hubieran sido tan frías como lo fueron en 1870, Francia no hubiera podido trabar una lucha en que se arriesgaba á tener contra sí, además de la hostilidad declarada del Austria y de toda la Alemania, la mala voluntad de Rusia.

A principios de 1859, los dos soberanos se manifestaban mutuamente una simpatía muy viva. El marqués de Chateaurenard, encargado de Negocios de Francia en San Petersburgo, en ausencia del embajador duque de Montebello, escribía al conde Walewski en 13 de enero:

«El emperador ha tenido una reunión diplomática con motivo de ser el día de Año nuevo, y S. M. me ha honrado con una acogida particularmente benévola, diciéndome: — Cada día recibo una prueba más de la confianza que preside en las relaciones del gobierno del emperador Napoleón con el mío, y de las amistosas disposiciones que animan á Francia respecto á Rusia. Esto es entre las dos cortes, más que confianza, íntima cordialidad, y me felicito mucho de ello. Deseo que el emperador Napoleón sepa que puede contar conmigo como yo cuento con él. Servíos darle esta seguridad. — No podría insistir bastante, señor conde, sobre el acento de profunda convicción del lenguaje de S. M. Los presentes no podían oír las palabras que me dirigía, pero todos observaron el aire de satisfacción y de afecto con que el emperador se acercó al encargado de Negocios de Francia.»

En el pensamiento de Napoleón III, el principal objeto de la entrevista de Stuttgart había sido asegurarse, si no el concurso armado, por lo menos el apoyo moral de Rusia, en previsión de una guerra contra Austria. Si Alejandro II hubiese censurado esta guerra, es incontestable que los diversos Estados alemanes se habrían levantado como un solo hombre para impedirlo, y que Cerdeña, teniendo contra sí á todas las grandes potencias excepto Francia, muy difícilmente hubiera podido continuar su política de retos contra su temible vecina; pero la actitud del gabinete de San Petersburgo templó la efervescencia germánica, permitiendo á Napoleón III seguir el libre curso de sus ideas. El marqués de Chateaurenard escribía al conde Walewski en 24 de enero: «El príncipe Gortchakoff ha dicho al ministro de Inglaterra, sir John Crampton, que sin du-

da alguna Rusia deseaba la conservación de la paz tanto como cualquiera otra potencia, pero que no haría nada para detener el curso de los acontecimientos que pudieran surgir, aunque fuesen propios para conducir á la guerra. Por el pronto se limitaría á la política de expectativa que le conviene mejor que ninguna otra. Estas palabras expresan, á mi parecer, fielmente la idea del gobierno ruso. El resentimiento inspirado por la conducta de Austria durante la guerra de Crimea es siempre igualmente vivo, aunque no se traduzca ya, como en el pasado y en cada ocasión, por el lenguaje más violento. Basta, para explicar esto, que el gabinete de San Petersburgo, de acuerdo en esto con los sentimientos unánimes del ejército y del país, no quiera prestar sus buenos oficios para ayudar á defender una situación que la prensa señala como propia para crear peligros graves á una potencia considerada aquí como culpable de traición y de ingratitud hacia Rusia.»

Alejandro II no había consentido en la paz con las potencias occidentales sino á consecuencia del ultimátum austriaco, y tenía la convicción de que el emperador Francisco José, salvado en 1849 por el emperador Nicolás, cuando la insurrección húngara, era quien había impedido la realización del testamento de Pedro el Grande. Añadamos que desde el tratado de París la política rusa y la política austriaca habían estado en lucha perpetua en la península de los Balkanes; por esto el tsar quería dar una lección al Austria, y por eso los apuros en que esta potencia se hallaba producían viva satisfacción en todas las clases de la sociedad rusa. La guerra de Italia fué en realidad una consecuencia de la guerra de Crimea. Sin necesidad de desenvainar la espada, Rusia iba á tomar el desquite contra Austria.

A todas las instancias pacíficas del ministro de Inglaterra, sir John Crampton, el príncipe Gortchakoff contestaba con una mezcla de altivez y de amargura, formulando tímidamente algunos votos por la paz, aunque no sin añadir: «En cuanto á pesar á Francia y á Austria en la misma balanza, no lo haremos; con Francia, nuestras relaciones son cordiales; con Austria no lo son, y no tienden de ningún modo á mejorarse. Rusia acostumbraba en otro tiempo á dar á los gabinetes de Europa sus consejos amistosos; pero en esta política ha sido engañada en su desinterés. Ya no tenemos hoy consejos que dar: nuestra solitud se aplica, excluyendo todo lo demás, á nuestras mejoras interiores; este cuidado es de bastante consideración para ocuparnos del todo, aunque no hasta el punto de que deseáramos empeñarnos en la neutralidad. No afirmaremos que hemos de conservarnos extraños á la lucha, pues así en el presente como en el porvenir hemos de reservarnos nuestra libertad de acción.» (Despacho de sir John Crampton á lord Malmesbury el 26 de enero de 1859.)

M. de la Gorce lo ha dicho con razón: «De la complacencia del tsar saca Napoleón III la audacia de intentarlo todo.» El apoyo que Rusia prestaba á Francia era, por lo demás, muy limitado. Tenía un carácter platónico, pues el gobierno del tsar no hacía más que dar consejos prudentes á Alemania; pero

no tenía de ningún modo la intención de tomar las armas contra ella en el caso de que no los escuchase. En un despacho dirigido al conde Walewski en 4 de febrero, el marqués de Chateaurenard se expresaba así: «El príncipe Gortchakoff me ha dicho que había insistido particularmente cerca del ministro de Prusia sobre el punto de que el gabinete de Berlín contribuiría con eficacia al desenlace pacífico de la situación actual, declarando altamente la intención de abstenerse de tomar parte en una cuestión que no afectaría directamente los intereses de Prusia. Por esto he creído conformarme, me ha dicho el príncipe, con la demanda que me hizo el gobierno de Napoleón III respecto á prestarle auxilio para ilustrar la opinión pública en Alemania sobre los principios que dirigen su política. Podéis dar al conde Walewski la seguridad de que satisfaré en cuanto de mí dependa el deseo que me manifestó sobre este punto.»

Por otra parte, á pesar de su mala voluntad contra Austria, Alejandro II no deseaba de ningún modo la unificación de Italia bajo el cetro del rey Víctor Manuel, aunque esta combinación no tuviese nada de peligroso para un imperio tan vasto y tan lejano como el de los tsares. Pero las ideas esencialmente conservadoras del gobierno ruso, su respeto á las tradiciones de 1815 y su temor de ver triunfar en la península italiana principios revolucionarios que podrían influir en Polonia, le hacían naturalmente hostil á los manejos de los mazinianos y de Garibaldi. Añadamos que Alejandro II, así como su padre, manifestó siempre una simpatía particular al rey de Nápoles, que tan enérgicamente había resistido la revolución, y cuyo sistema reaccionario agradaba al gabinete de San Petersburgo. Pero en 1859, el gobierno del tsar imaginaba que los cambios territoriales no podrían extenderse más que á la Italia del Norte, y que en todo caso, el reino de las Dos Sicilias no podía correr ningún peligro.

Las ideas de Rusia estaban en plena contradicción con las de los partidarios de la unidad italiana, y en resumen, habría bastado que Alejandro II estimulase bajo cuerda á Prusia á defender al Austria, para que la guerra de Italia hubiera sido materialmente imposible. Más adelante veremos que los gabinetes de Berlín y de San Petersburgo se habían mantenido en buena inteligencia entre sí y que el día en que la Confederación germánica pareció resuelta á marchar en auxilio de Austria, después de la batalla de Solferino, Alejandro II no disimuló á Napoleón III que no tomaría las armas para sostenerle.

No se debe olvidar tampoco que, antes de la guerra, la potencia que propuso un congreso con la esperanza de llegar á una solución pacífica fué Rusia. Apartemos ahora nuestra atención de los esfuerzos que hizo en este punto, y dirijamos una mirada sobre la situación de París durante los tres meses que precedieron á la ruptura de las hostilidades.

## XXXVII

## EL CARNAVAL

Durante el Carnaval de 1859, el gran asunto en París no es la política, sino el placer. Jamás han estado los salones más brillantes ni las fiestas han sido tan numerosas y magníficas. El cronista de la *Ilustración* escribe en 12 de febrero: «¡Dios sea loado! Un rayo celeste habrá desvanecido las últimas nubes que pesaban sobre nosotros: *todo parecía aquilón, y ahora todo es céfiro*. Este Carnaval que comienza tiene ya el aspecto de un Carnaval que acaba; es una semana llena de ruido, de luces y de encantos; ya no se pasea sino cadenciosamente entre espesuras de flores y ríos de diamantes.» M. de Busoni añade el 19: «Así, pues, á pesar de los alarmistas, el Carnaval será una verdad. La guerra, ó más bien su fantasmagoría, se abandona á las conjeturas de los ociosos y de algunos publicistas rezagados.... La situación de Italia, la dureza de Austria respecto á ella, las grandes potencias inquietas y hasta en armas, todo esto se ha de olvidar provisionalmente. He aquí fiestas memorables y espectáculos deslumbradores: la belleza vela seis noches por semana y ni aun reposa el domingo.»

El mundo oficial, la sociedad aristocrática del arrabal Saint-Germain y la sociedad financiera de la Chaussée d'Antin rivalizan en lujo y elegancia; es una infatigable emulación de reuniones y de bailes, y la gente del gran mundo parece tener el don de la ubicuidad. Hay persona que en la misma noche asiste al teatro y á tres ó cuatro salones.

14 de febrero. — La ciudad de París ofrece una fiesta magnífica al príncipe Napoleón y á la princesa Clotilde. Se han repartido diez mil invitaciones para ese baile fantástico, entrada triunfal de la hija del rey Víctor Manuel en la alta sociedad parisiense. Escortados por un piquete de caballería, el príncipe y la princesa recorren la calle de Rívoli, y pasan por delante de la torre de Saint-Jacques, brillantemente iluminada, como la fachada de la Casa Ayuntamiento, que está resplandeciente. El patio central está convertido en un inmenso salón; el vestíbulo que le precede y las arcadas que le rodean están adornados de verdura y de flores, y miles de plantas se escalonan en las gradas de las galerías. En el rigodón de honor la princesa Clotilde baila con el barón Haussmann, prefecto del Sena, y el príncipe Napoleón con la baronesa de Haussmann.

Las ideas se calman, y Pío IX se hace generosas ilusiones, imaginando que podrá conservar su poder temporal sin necesidad de tropas francesas ó austriacas.

El duque de Gramont, embajador de Francia en Roma, escribe al conde Walewski en 12 de febrero: «El párrafo del discurso del emperador relativo á Italia ha dado lugar, de parte del cardenal Antonelli y de su misma Santidad, á varias observaciones, con un carácter de claridad que jamás se había conocido en el lenguaje del secretario de Estado. El Papa, ha dicho S. E., había sentido que S. M. declarase que no se podía mantener el orden en los Estados Romanos sino con tropas extranjeras, y que su gobierno constituía por esto mismo una causa permanente de inquietud para la diplomacia..... El Papa contaba hoy diez y seis mil seiscientos hombres en servicio activo, y de aquí á pocas semanas su número sería de diez y siete mil, cifra que se considera suficiente para atender al servicio interior y á la seguridad de los Estados Pontificios..... El Papa estaba muy dispuesto, en cuanto le concierne, á calmar las inquietudes de que le hacen responsable; y si, como se decía, la ocupación de sus Estados por las tropas extranjeras fuera un obstáculo para el reposo de Italia y la paz del mundo, estaba dispuesto á entrar en negociaciones con Francia y Austria para combinar la evacuación simultánea de su territorio.»

El 22 de febrero, el duque de Gramont dirige al conde Walewski el telegrama siguiente: «El cardenal Antonelli, de orden de S. S., ha pedido hoy á los embajadores de Francia y de Austria la evacuación de los Estados Pontificios por los ejércitos de ocupación en un plazo que se fijará para un día próximo. Habiendo sabido el Papa por el general de Gryon que deben llegar muy pronto novecientos setenta hombres de tropas, me ha rogado que pida por telégrafo la suspensión de este envío.»

El Padre Santo no ha contado con las maquinaciones y la propaganda incesante del gobierno sardo. En un memorándum dirigido á Inglaterra en 1.º de marzo, M. de Cavour resume las quejas de los pueblos italianos y los remedios que él considera necesarios. A sus ojos, estos remedios son: para Lombardía, Venecia y las provincias pontificias situadas al Este de los Apeninos, un gobierno autónomo; en toda la Italia central, un régimen muy lato de reformas administrativas; y por último, la abolición de los convenios militares de Austria con el gran ducado de Toscana y los ducados de Parma y de Módena. Evidentemente el conde de Cavour ha ensanchado su programa para cerrar la puerta á toda política de conciliación. De un extremo á otro del reino los diarios se ocupan de la guerra como si se hubiese declarado ya. Una ley acaba de reforzar los cuadros de la guardia nacional, creándose comités para reclutar y armar á los voluntarios; y Napoleón III no quiere que nadie se alarme aún, creyendo que ha llegado la hora de tranquilizar los ánimos.

El *Moniteur* del 5 de marzo publica una larga nota, en la que dice: «El emperador no tiene nada que ocultar ni que desaprobado, bien sea en sus preocupaciones ó ya en sus alianzas. El interés de Francia domina en su política y justifica su vigilancia. Nos lisonjea el creer que ante las inquietudes infundadas, *nos complace creerlo así*, que han agitado los ánimos en el Piamonte, el empera-

dor ha prometido al rey de Cerdeña defenderle contra todo acto agresivo del Austria; no ha prometido nada más, y se sabe que será fiel á su palabra. ¿Son estas ideas de guerra? ¿Desde cuándo no está conforme con las reglas de la prudencia prever las dificultades más ó menos próximas, evitando todas las consecuencias? Acabamos de indicar lo que hay de positivo en los pensamientos, en los deberes y en las disposiciones del emperador; todo cuanto las exageraciones de la prensa han agregado es pura imaginación, mentira y delirio. Dicen que



El duque de Gramont

Francia hace armamentos considerables; pero esto es una imputación puramente gratuita..... ¿No es ya tiempo de preguntarse cuándo acabarán esos vagos y absurdos rumores, propalados por la prensa desde un extremo á otro de Europa, y que señalan por todas partes á la credulidad pública al emperador de los franceses como fomentador de la guerra y haciendo recaer sobre él solo toda la responsabilidad de las inquietudes y de los armamentos de Europa? ¿Quién puede tener derecho para extraviar tan injuriosamente los ánimos y alarmar de una manera tan gratuita todos los intereses?»

La conclusión de la nota del *Moniteur* es la siguiente: «Estudiar las cuestiones no es crearlas, y desviar de ellas la atención no sería tampoco resumirlas ni resolverlas. Por lo demás, el examen de estas cuestiones ha entrado en la vía diplomática, y nada autoriza á creer que el resultado no será favorable á la consolidación de la paz pública.»

La nota del 5 de marzo tranquiliza á los alarmistas, y en la Bolsa se produce uno de esos movimientos de alza á que no se estaba acostumbrado.

El 7 de marzo el emperador expide un decreto que releva al príncipe Napoleón de sus funciones ministeriales. El príncipe cede á M. Rouher su cartera de ministro de Argelia y de las Colonias; los partidarios de la paz ven en esta dimisión una desgracia, y se regocijan de ello, porque el príncipe, así por su matrimonio como por sus sentimientos personales, es considerado como el principal defensor de la causa italiana en el ánimo de Napoleón III.

El Carnaval terminará de la manera más brillante, y parece que todo París quiere dejar para el día siguiente los negocios serios. Todos los partidos, todas las clases de la sociedad se divierten. ¡Si la guerra ha de venir, que venga! Ningún francés tendrá miedo; y esperando el rumor de las bombas y de las balas, que resuene entretanto el de las alegres orquestas.

## XXXVIII

## CUATRO BAILES DE MÁSCARAS. — LA CUARESMA

En menos de una semana hubo cuatro bailes de máscaras: el primero en el ministerio de Estado, el segundo en la presidencia del Cuerpo legislativo, el tercero en el ministerio de Negocios extranjeros y el cuarto en las Tullerías. El emperador y la emperatriz asistieron á estos bailes, á los tres primeros con dominó y antifaz y el cuarto al de las Tullerías, con el rostro descubierto. Aquellos disfraces en medio de las complicaciones diplomáticas más graves, aquellas fiestas deslumbradoras que precedían en algunas semanas tan sólo á una de las más grandes guerras del siglo XIX, llevaban el sello de un régimen que se proponía mezclar la gloria con el placer. Hoy día semejantes distracciones serían un anacronismo.

Uno de los episodios que llamaron con justicia la atención en el primero de dichos bailes, fué la entrada de dos mujeres que llevaban oculto el rostro bajo el antifaz y que vestían trajes alegóricos. Representan la Paz y la Guerra: la primera, con ropaje blanco, lleva en la cabeza una corona de olivo con frutos de oro y en la mano una rama verde. La Guerra, con el casco en la cabeza y los cabellos flotantes, lleva una lanza. Al pasar por delante de la princesa Matilde, la Paz se detiene y dice inclinando la rama simbólica: «Permitidme, señora, depositar mi rama y mis votos por vuestra ventura á vuestros pies.» La princesa contesta: «Los acepto como augurio, mas no respondo de nada.» En cuanto á la Guerra, habiendo divisado á un general que conquistó en Crimea su grado, le ofrece la lanza, diciéndole: «¿Quieres tomarla? — Con mucho gusto, contesta el valeroso militar; mi oficio es batirme; mas te advertiré, hija mía, que una golondrina no hace verano.

Todos ellos fueron magníficos, pero el dado por los soberanos en su palacio excede en esplendor á todas las previsiones. La emperatriz se presenta más hermosa que nunca con su traje de capricho: toca de terciopelo cereza, cabellos empolvados con adorno de perlas y vestido negro de seda con palmas rojas y bordados de oro. El emperador lleva un rico uniforme, el mismo que se había propuesto para los cien guardias y que no estaba adoptado aún: túnica de color de gamuza, botas gruesas y calzón blanco de ante; sobre la túnica el gran cordón de la Legión de Honor, con placa de diamantes y la medalla militar.

¿Quién podría creer que pronto estallará una guerra terrible? Al ver aquellos